

Baltasar se tambaleó. La vista de los instrumentos de tortura, el olor de piel chamuscada, el haber ingerido una nueva escudilla de gachas, todo, en fin, era superior a sus fuerzas, y a pesar de su agotamiento se dirigió a la puerta a toda prisa, tratando de huir. Ya Revad Pachá se regocijaba interiormente de esta libertad y creía en la salvación del príncipe heredero, cuando, por desgracia, los ojos del padre y del hijo se encontraron. Entonces Baltasar se detuvo y dijo:

—¡Soy el príncipe heredero, soy Mustaphá!..

La mujer pareció estupefacta, mientras Baltasar repetía orgullosamente golpeándose el pecho:

—¡Mustaphá!... ¡Mustaphá!

Tras un instante, la mujer le arrancó el cuello de la camisa violentamente, y las tres letras aparecieron. Tal fué el júbilo que la sacudió, que Baltasar se sintió seducido, imaginando que iba a estrecharle en sus brazos y a festejar fiernamente a este hijo que el destino favorable la devolvía; pero lo que hizo fué ordenar que lo encadenase de nuevo, aplicaron la punta roja a su frente y se retiró lanzando carcajadas que resonaban siniestramente en la cámara del suplicio.

CAPITULO VIII

Muero contento por la buena causa.

BALTASAR, Baltasar, ¿has olvidado que la filosofía cotidiana se complace en negar el heroísmo y proclama la vanidad del sacrificio? ¿A qué fundar una doctrina para repudiarla al menor impulso de un corazón sensible? Mira cómo hoy arriesgas la vida o te expones a suplicios peores que la muerte por no abandonar al tercero de tus padres y permanecer fiel a los deberes, algo ficticios, de príncipe heredero.

Pero Baltasar no era hombre que se hiciese preguntas y no consideraba a la lógica como una virtud primordial. Quienquiera que fuese su padre, él le amaba, y no se abandona a un padre a la hora del peligro.

Como se lo permitieron sus cadenas cuidó a su padre herido, atacado de fiebre en los

días siguientes. Baltasar lavaba sus llagas con el agua del cántaro, y con las escudillas de gachas que les llevaba el carcelero le hacía cataplasmas. El resto del tiempo repartía sus pensamientos entre Violante, Calabacita y Hadidgé.

Al cabo de seis días, la Catarina apareció de nuevo acompañada de la encantadora Hadidgé. Esta, mientras que los dos esposos disputaban acaloradamente, se arrodilló junto a Baltasar, le limpió, le cubrió de perfumes y le ofreció confitura de naranja, que él devoró. Luego, mientras que con su mano delicada acariciaba los cabellos del joven, le habló largamente. Baltasar seguía con atención el juego de las palabras en aquellos labios rojos. Por fin la joven se dió cuenta de que en materia de explicaciones no hay palabra que valga lo que un beso... y le besó.

Durante cuatro días, las mujeres volvieron y las escenas se repitieron con la variante de que Hadidgé pronunció menos palabras y prodigó más caricias. En cambio la Catarina y su marido encontraban en sus imprecaciones nuevos arrestos para maldecirse.

El resultado de estas disputas fué la intervención de un archimandrita, cuyo rostro no era más que un pretexto para una barba blan-

ca. Posó sus manos con ademán de bendecir sobre las cabezas de Baltasar y Hadidgé, salmodió algunas frases y tendió a los jóvenes dos anillos de oro. Hadidgé puso uno en su dedo; Baltasar miró a su padre y rechazó el otro.

Al parecer, los acontecimientos terminaban en un casamiento. Era sin duda una condición impuesta por la Catarina y la causa de las tumultuosas querellas con el pachá. Si éste rehusaba, Baltasar no podía por menos de imitarle.

Hadidgé derramó algunas lágrimas; el archimandrita se retiró y vino a substituirle el hombre del pincho calentado al rojo blanco, el cual se acercó a los dos prisioneros y les quemó en la carne de las pantorrillas.

Transcurrieron otros días exactamente iguales y que dejaban en Baltasar dos impresiones en cierto modo fulgurantes: el beso de la joven y la mordedura del fuego. Fuera de esto, todo permanecía sombrío, misterioso y contradictorio.

—¿Por qué Hadidgé, que le demostraba tanta gentileza, le abandonaba en manos del verdugo? ¿Por qué Revad Pachá prefería sacrificarle y hasta inmolarse él mismo, antes que consentir aquel matrimonio? ¿Por qué tanta

crueldad en la Catarina respecto a su hijo?

Sufrió mucho; sus piernas se hinchaban; Revad Pachá fué atacado de nuevo por la fiebre y su delirio no cesaba más que cuando podía ultrajar a la Catarina la Bribona.

Esta perdía la paciencia y una mañana les quitaron las cadenas y les sentaron a la ventana, provista de sólidas rejas. Fuera, más allá de los fosos, ondulaba un vasto terreno donde algunas veces oían maniobrar a la pequeña guarnición del castillo.

Vieron dos postes coronados por un cartel que contenía sus nombres: "Revad" ... "Mustaphá" ... y atados a ellos dos maniqués. Dos pelotones de doce guerreros con faldellines se colocaron en dos filas, frente a los postes, y por salvas bien ordenadas fusilaron a los peles.

La Catarina anunciaba y preparaba de este modo para el siguiente día la doble ejecución de su marido y su hijo. Les visitó por última vez y los dos esposos vociferaron hasta que llegó la noche. Hadidgé, cuyas lágrimas y besos probaban una desesperación infinita, dejó el anillo de oro al alcance de la mano de Baltasar a fin de que éste pudiera colocarlo en su dedo y obtener de este modo el perdón.

Cuando ellas se marcharon comenzó la noche interminable. En la habitación contigua, donde estaba el cuerpo de guardia, una dulce música comenzó, compuesta por la voz grave de Hadidgé y el canto amortiguado de la guitarra. Y la canción decía tantas cosas sobre la dicha, la voluptuosidad, las terrazas de las casas desde las que se ve morir el sol en el mar violeta, los aromas del jazmín y del naranjo, los brazos y los labios de una mujer enamorada, que Baltasar se sentía desfallecer y a punto de extender la mano hacia el anillo de oro. Su resistencia se iba dispersando como arena que arrastra el viento.

Para no oír la canción, comenzó a hablar en voz alta. Se despidió de la domadora Angélica, evocó la noble figura del conde de Coucy-Vendôme, y tuvo palabras de perdón para el asesino Gourneuve, pero nada le dió tanto reposo como una larga conversación con su fiel Calabacita.

—No creas, Calabacita, que elimino ninguna de mis convicciones; al contrario, en el momento de morir la filosofía cotidiana se me aparece como la mejor de las doctrinas. A fuerza de practicarla llega uno a adaptarse inmediatamente a las peores circunstancias; no se ve en ellas más que lo que contiene de

realidad corriente y banal, y se evita de este modo el aumentarlas hasta la categoría de aventuras extraordinarias.

No existen las aventuras, Calabacita; no existen para quien sabe guardar el equilibrio. Aventura sería el poner este anillo de oro en mi mano y someterme la bella Hadidgé. Yo no lo haré.

Estos discursos no tenían mucho sentido, pero no es preciso que nuestras palabras sean siempre razonables para que nos proporcionen el socorro de la razón y la calma de la prudencia. La música cesó y Baltasar se quedó dormido.

Le despertaron las picaduras de las púas de chumbera plantadas en las barbas del pachá. Jamás padre e hijo se besaron con más fe y sencillez. El abrazo de Baltasar fué de tal naturaleza, que parecía tener tras sí veinte años de piedad filial y de ternura humana.

Los guerreros les acostaron en unas parihuelas, franquearon el puente levadizo y atravesaron el llano ondulado. Les sentaron al pie de los postes, ante los cuales había un hueco recién cavado para recibir sus cadáveres; se negaron a ser amarrados.

El señor de los faldellines clavó en el suelo una espada, cerca de Baltasar, colocando en-

cima el anillo de oro, pero el joven sonrió desdefiosamente. Sentía en él el alma de su padre y de sus abuelos, que le elevaban a la altura de un príncipe heredero que no transige cuando del honor de la raza se trata.

Amanecía; las montañas surgían de la sombra y sus cimas se coronaban de luz rosa. Los dos pelotones con faldas hicieron sabias maniobras para que la alineación se operase según las reglas. Pero la irrupción de la Catarina alteró un poco el orden de la ceremonia y turbó el magnífico silencio. Los dos esposos tenían aún algunas horribles injurias que lanzarse. En un admirable arranque de energía el pachá salió victorioso de aquel torneo supremo, y en venganza la Catarina dió la señal de la ejecución.

Todo ocurrió muy dignamente. El pachá consiguió sostenerse sobre sus piernas marfirizadas y el príncipe heredero se arregló el guardapolvo y el sombrero de copa. Sus manos se unieron.

—Muero contento, puesto que es por la buena causa—pensó Baltasar.

Tal vez se hubiera alegrado de saber cuál era esta buena causa, por la que se sacrificaba; pero ya no tenía ocasión para conocerla, y se resignó. Gracias a una naturaleza infini-

famente sensible y la pureza de su corazón, este joven enclenque y miedoso se comportaba ante la muerte como un estolco.

Vió sobre la terraza del castillo a Hadidgé puesta de rodillas. No lejos de ella, la Catarina le miraba, jugando con el anillo de oro. Cerró los ojos, le pareció ver dentro de él los ojos angustiados de Calabacita, y buscó un consejo de filosofía cotidiana que dirigirle en aquel momento; no hallándolo, rogó a Dios.

Un ronco mandato desencadenó el trueno de los veinticuatro fusiles, que mandaron hacia las montañas el formidable rodar de sus ecos. Baltasar y el pachá, sin soltarse las manos, cayeron de cabeza dentro del agujero practicado a sus pies. Baltasar pensó que no tiene nada de doloroso el recibir doce balazos en el pecho y que la muerte no cambia gran cosa las condiciones habituales de la vida. Seguía percibiendo los ruidos y sentía el tormento de sus pantorritas. Notó cómo se acercaba el soldado encargado de darle el golpe de gracia, consistente en la ablación de la cabeza. El pachá fué decapitado con un yatagán y el príncipe experimentó la impresión de que le paseaban por la nuca una navaja de afeitar; esto no era más penoso que los doce balazos.

El soldado dejó caer sobre ellos algunas paletadas de tierra, que no impidieron que Baltasar siguiera contemplando el cielo azul y dos enormes buitres que descendían sobre ellos describiendo grandes círculos. Buscó palabras para un discurso a Calabacita, haciéndola observar que los tres hombres que le reclamaban como hijo habían tenido el cuello cortado, lo que daba cierto valor a las predicciones de la sonámbula. Hubiera querido revelarles igualmente que existen milagros y que se puede estar a la vez muerto y vivo, aunque no estaba muy seguro de estar muerto.

Entretanto, los guerreros celebraban su triunfo con un festín de gachas y con libaciones que la Catarina les ofreció en el mismo campo de la ejecución. Por esta razón no opusieron resistencia al asalto furioso de un tropel de caballeros que desembocó de las montañas vecinas y que estrangularon a todos sin perdonar al señor del castillo. Baltasar levantó la cabeza y pudo ver a Catarina la Bribona, que colgaba de una almena, y a la encantadora Hadidgé, a quien un soberbio jefe con faldellín ataba como una momia al lomo de su caballo. Pensó que una tercera partida ganaba definitivamente la batalla zan-

jando en provecho suyo las desavenencias franco-británicas.

Sentía horribles dolores en las piernas y sus ideas iban haciéndose confusas; además, la mano de su padre helaba la suya. Habiéndose desvanecido, penetró en desoladas regiones, donde le fueron infligidos horribles suplicios, siendo el más terrible aquella sensación de hielo en la mano. Un corro de fantasmas bailaba en torno suyo y le herían en las piernas; luego vió otro que los echó a todos y se puso de rodillas junto a él. Este tomaba la voz de Calabacita, y esforzándose en abrir los ojos, Baltasar creyó reconocer, al resplandor de una linterna que oscilaba en medio de las tinieblas de la noche, dos rígidas coletas rubias.

Ya no sentía frío en la mano. Sobre su cabeza, descubierta, sintió que ponían el sombrero de copa, y sobre sus hombros un grueso chal de lana. Los gestos de la persona que le cuidaba tenían la dulzura de los gestos de Calabacita. No se sorprendía de soñar con la joven, puesto que ella le había jurado protección, y con un acento tan desgarrador que aun conservaba el tierno recuerdo.

—Va a volver en sí—dijo una voz de hombre.

—Pronto—murmuró Calabacita—; déme la

cantimplora del coñac que está en esa cartera de cuero.

Tragó un poco de coñac, que le reanimó, y oyó la voz del hombre que decía:

—¿Está usted segura de que sea él?

—¿De que sea Baltasar?

—No; de que Baltasar sea el que yo busco. Quisiera tener la prueba irrecusable.

—Puesto que le he hablado de esta marca... de esas tres letras...

—Tengo que asegurarme por mí mismo.

A su vez se inclinó y asió una de las puntas del cuello abierto.

¡Nuestras reservas de energía son inagotables! Baltasar se enderezó con la brusquedad de un muelle que salta, de pies a cabeza, se sintió sacudido de una súbita rabia y sus manos, animadas de un vigor irresistible, cogieron al intruso por la garganta.

—¿Qué es lo que quiere usted?—gritó—. ¡No he de consentir!

Calabacita se interpuso y dijo con voz suplicante:

—Por Dios, señor Baltasar, yo le suplico... es él quien le ha salvado... quien ha pagado a los soldados y al oficial para que no le mataran: es el señor Beaumesnil, el gran poeta.

—¡Que se vaya!

—¡Señor Baltasar, es su padre de usted!
Esta palabra redobló la irritación de Baltasar. Conservaba todavía un alma de príncipe heredero, y su padre no era, no podía ser otro, que el héroe caballeresco muerto por la buena causa, y cuyo cadáver decapitado yacía cerca de allí.

—¡Que se vaya; basta de historias estúpidas!

—Váyase, señor Beaumesnil—ordenó Calabacita—. Yo le calmaré e iremos a reunirnos con usted en el camino de la posada. Venga a nuestro encuentro con los caballos.

Los pasos del hombre se alejaron. Calabacita se situó junto a la tumba; un cielo cubierto de estrellas se extendía sobre su cabeza; a su alrededor había un silencio de muerte.

—No se enfade con él, señor Baltasar—murmuró la muchacha—. No tendrá usted que sonrojarse por ser hijo del señor Beaumesnil... es un gran poeta... Ha escrito libros que todo el mundo admira... Hace mucho tiempo que le buscaba a usted...

—¡Calla, Calabacita—dijo Baltasar, que se acordaba de la fórmula horripilante—; cállate... estoy aniquilado!

—Sí—contestó ella—, no hablemos más... Más tarde reflexionará usted; ahora debemos huir. Levántese, señor Baltasar.

—No puedo, Calabacita; mira mis piernas. Ella proyectó la luz sobre las piernas de Baltasar y gritó horripilada:

—¡Oh! ¿es posible? ¿Quién le ha herido de esta forma?

—Una mujer... y su verdugo... con un hierro candente...

—¡Un hierro candente!... ¡le han quemado como salvajes!

Y tuteándole por primera vez, le besó desesperadamente, rebelde y temblorosa.

—¡Oh, amor mío!... ¿qué han hecho contigo? ¡Oh, amor mío, amor mío... amor mío! Dime que ya no sufres... es superior a mis fuerzas... ¡Dios mío, Dios mío, yo que daría mi vida!...

Se deslizó hasta las llagas, que humedeció ligeramente, y con sus labios ardientes quitó la tierra que tenían.

Entre sollozos y besos, continuó murmurando en las tinieblas de la noche:

—¡Vida mía... vida mía!... No sufras, no quiero que tú sufras... Ya no te duele, ¿verdad, amor mío?